

Comentarios sobre las estrategias de construcción política y social en el Chile de hoy*.

Rafael Agacino**

1. El horizonte: los constructores de la unidad sujeto-proyecto.

Partamos con algo obvio: nuestros principales problemas son parte y derivan del “momento histórico” que vivimos. Su carácter podría, brevemente, enunciarse como una etapa de *transición* del viejo al nuevo capitalismo de “fin de siglo” en medio de la cual, no obstante, los agentes de la refundación capitalista haberse constituido *ya* en sujetos de poder, en sujetos dominantes, aún se mantiene en suspenso la configuración *subjetiva* de los sectores dominados. En este momento de transición, hay sectores sociales que son objeto de dominación *pero no hay sujetos que autoconscientes de su condición de dominados la impugnen colectiva, activa y radicalmente*¹.

Lo anterior no es extraño si consideramos el impacto sobre el movimiento obrero y popular originado, por una parte, en el carácter mismo de nuestra historia reciente (la dictadura y la contrarrevolución neoliberal), y por otra, por las nuevas formas en que hoy la dominación capitalista se ejerce y realiza (bajo condiciones de *democracia virtual*). Estos factores son casi suficientes para explicar *objetivamente* porqué hasta ahora no existe una fuerza política rupturista capaz de operar en este nuevo escenario. Pero eso no es todo.

Es necesario agregar otros factores cuyo rol en el plano de la *subjetividad* es determinante. Mencionemos al menos dos: primero, el derrumbe de las experiencias socialistas cuyo significado e implicancias aún ni la izquierda ni el propio movimiento obrero y popular debaten profunda y fecundamente, y segundo, a un nivel más perceptible, la estrategia de *concertación social* (consensos) impuesta desde poco antes de la asunción del primer gobierno civil, cuyos impactos disolventes, no obstante aun presentes, felizmente comienzan a desvanecerse en los últimos meses. El primero fue un dato de contexto que facilitó el segundo: ayudó a la aceptación confiada o resignada de la estrategia de los consensos por parte de importantes segmentos del movimiento obrero y popular, legitimando y potenciando los objetivos desmovilizadores que explícitamente ésta buscaba. Y respecto del derrumbe, debe reconocerse que hasta antes de su ocurrencia, con más o menos críticas, el nombre de la sociedad próxima era *socialismo*; ese nombre prefiguraba en el hoy

* Esta corresponde a una versión escrita y corregida de la intervención del autor en la *Primera Conferencia Nacional Sindical* realizada en Costa Azul, Chile, los días 5 a 6 de septiembre de 1998 y convocada por la *Multisindical*.

** Economista.

¹ Se entenderá mejor esta afirmación si se distingue entre *categoría estadística*, *sujeto social* y *sujeto político*. El primero se refiere a un grupo de individuos que comparten una propiedad cualquiera que les es común pero *que no implica identidad colectiva*, por ejemplo, “todos los hombres entre 17 y 25 años” o la “opinión pública”; el segundo, supone la existencia de una identidad colectiva que hace que sus componentes se *auto reconozcan como portadores de intereses comunes*; y finalmente, cuando esa identidad remite a un proyecto de sociedad y a un camino de intervención comunes, entonces estamos en presencia de un *sujeto político*. Como es obvio, mientras el paso de *categoría a sujeto* se relaciona con la *autoconciencia colectiva*, el paso de sujeto *social* a sujeto *político*, se relaciona con la idea de proyecto colectivo de sociedad, y en consecuencia, con el espacio y profundidad en que se realiza y alcanza la intervención.

el contenido mas o menos preciso de las luchas por el cambio social constituyendo un arma del espíritu para todas las fuerzas anticapitalistas fueran reformistas o revolucionarias.

Si bien la ausencia de una figura de sociedad futura, junto con los otros factores, explica la atomización y dispersión, principalmente de las franjas más conscientes de los movimientos rupturistas, lo más significativo es que esta carencia agregó un sentimiento de desconcierto mucho más generalizado y permanente. A partir de entonces no sólo intentamos resolver teórica y prácticamente la pregunta *¿cómo los dominados se constituirán en sujetos del cambio?*, sino además y al mismo nivel, responder la interrogante *¿cuál será el carácter del cambio social por el que luchamos?* Esta es la debilidad crucial que explica porqué no se ha logrado aún romper con el suspenso, con la desconstitución subjetiva que mencionamos al principio.

Es obvio que esta debilidad no puede reducirse a un puro problema táctico o estratégico, a una pura debilidad que se explica por una crisis de conducción, de dirección política. Al contrario. Constatamos que *aún la historia reciente no se ha transformado en experiencia*, en vivencia que apropiada consciente y colectivamente por los dominados permita *transformar la memoria en proyecto*. Sabemos también por ello, que queda un largo recorrido que hará que las preguntas apenas señaladas adquieran sentidos y respuestas mucho más precisas al paso de la historia. Pero, precisamente porque tal recorrido parece haberse *ya* iniciado en diversos sectores y por múltiples vías, es que desde una perspectiva política para el presente y futuro cercanos, la formulación aproximada de tales preguntas permite fijar un horizonte hacia el cual orientar todos los esfuerzos *actuales* de construcción.

En las condiciones presentes, este horizonte en cuanto *fin* nos define, como objetivo central de la construcción, la necesaria constitución de una franja de dirigentes sociales y políticos sin la cual es imposible siquiera imaginar alguna respuesta estratégica a las interrogantes antes planteadas; y en cuanto *medio*, nos señala que dicha franja constituirá la masa crítica que deberá inducir -a partir de las potencialidades de la propia coyuntura histórica- la configuración de los explotados, excluidos y discriminados como una gran fuerza social y política capaz de pensarse a sí misma como sujeto rupturista y portador de un proyecto de cambio social.

Decimos *inducir* para resaltar la necesaria disposición de intervención consciente que debe caracterizar a los componentes de dicha franja, pero también, para señalar que su rol estratégico es realizar lo que está ya en potencia pero sin cuya participación solo por azar podría materializarse. Nos alejamos así tanto del puro *espontaneísmo* como del *voluntarismo*, ambas tendencias muy presentes en los períodos de reflujo de las luchas obreras y populares tal y como nos ha ocurrido en los últimos años.

2. Las Estrategias de Construcción y sus Perspectivas.

No está demás, antes de continuar, tener en cuenta la diversidad de esfuerzos de construcción existentes y las diferentes estrategias que han ensayado en lo que va corrido de los años noventa. Agrupándolas, es posible constatar que éstas han oscilado entre la (re)construcción *del movimiento obrero y popular* y la (re)construcción de la *dirección política*. Ambas estrategias, más allá de sus aciertos parciales o transitorios, han mostrado los límites que enfrenta cualquier proceso de construcción en las condiciones actuales.

En el primer caso, la corriente que podríamos llamar “movimientista”, ha debido enfrentar el principal problema que existe bajo condiciones de desconstitución del sujeto: *el paso de la lucha social a la lucha política*. Algunas experiencias recientes muestran que cuando se ha logrado constituir organización social en sectores particulares, luego de ciertos éxitos en la consecución de sus objetivos inmediatos, en el mejor de los casos, la organización ha tendido a limitar su actividad a su propia existencia social, a una suerte de “gremialismo”, o en el peor, a disolverse rápidamente e incluso con gran permeabilidad a las influencias de la política formal. Sus dirigentes, todos militantes sociales abnegados, se transforman en la práctica casi en asistentes sociales, en personas que resuelven todos los problemas, que realizan todas las tareas, desgastándose en un proceso de construcción que no logra saltar a un nivel superior.

En el segundo, la corriente “vanguardista”, independientemente de la vía que privilegie, el problema ha seguido siendo el mismo: una dirección o un referente que *cuando ha logrado constituirse y hacerse visible, simplemente no ha contado con fuerza social y política que dirigir*. Esta dificultad deriva de la concepción misma de la acumulación de fuerza política que, como veremos más adelante, no concibe a ésta como síntesis entre fuerza social y fuerza teórica, sino más bien como acumulación de fuerza “orgánica que intenta intervenir en la política”.

En uno y otro caso, la experiencia de años ha obligado a virajes más o menos pronunciados, que si bien se han orientado a resolver aquello que falta - fuerza política para unos, fuerza social para otros - la oscilación muchas veces ha quedado anclada a la misma base original: el espontaneísmo y la visión antipartido en un caso, el vanguardismo y el sectarismo en otro. Y esto se explica con mucho por la adolescencia política en que se encuentra el conjunto de la izquierda, pues lamentablemente, ambas perspectivas se han fundado más en la propia biografía de sus militantes y organizaciones que en una opción estratégica basada en una teoría de la construcción social y política actualizada a las condiciones presentes. La incapacidad de superar *la* historia grupal, la legítima singularidad biográfica, pensándose a sí mismos en relación a las condiciones actuales de la lucha de clases, y la ausencia casi total de cualquier fundamento teórico que permita ubicar en nuestros días la problemática del cambio social y la construcción política, han sido las principales debilidades de estos intentos.

Lo importante es que ambas corrientes son parte de un proceso de búsqueda; camino en el cual los permanentes choques con el “mundo real”, poco a poco están forzando a muchas organizaciones y militantes, al debate e interlocución política seria y abierta. Esto está posibilitando lentamente la generación de espacios de convergencia y debate que obviamente no surgen en forma espontánea ni están exentos de luchas por la “hegemonía” tanto entre las corrientes como al interior de cada una. Dependiendo de la madurez política y de la mayor o menor agudeza de la lucha de clases, lo más probable es que tales disputas oscilen entre las razones estrictamente políticas y la necesidad de defender las identidades grupales; en éste sentido será central, como argumentos *de hecho*, la fuerza social y la fuerza orgánica acumulada por cada organización o grupo participante.

También debe tenerse en cuenta que, en la medida que los signos de un cambio de período de la situación política nacional sean efectivos, éstas posiciones se verán favorecidas corriéndose el riesgo de sobrestimar las fuerzas propias y las del movimiento obrero y popular al confundirse la fuerza puramente orgánica con la verdadera fuerza política.

Fuere como fuere, es de vital importancia trabajar -sintetizar- las lecciones que puedan deducirse de la experiencia de estos años en una perspectiva de mediano plazo. Adelantar los caminos posibles a partir de la historia reciente y del momento actual, permite perfilar más nítidamente el

horizonte que mencionamos antes. Sin embargo, en esto es crucial que cada uno de los militantes y luchadores, sectores y agrupaciones, reconozcan que cada uno no es más que uno entre los muchos esfuerzos que participan de este proceso de reconstrucción ya en marcha y cuyas fuentes y formas son diversas y múltiples.

3. Tres fuerzas para una Convocatoria Intermedia y Transitoria.

Los dos puntos anteriores se destinaron a proponer una visión breve del horizonte hacia el cual nos movemos. Por una parte, a definir los fines más globales para esta coyuntura de transición - crear las condiciones para terminar con el suspenso, lo cual, como señalamos, requiere entre otras cosas, la emergencia de esa franja de dirigentes sociales y políticos- y por otra, a ubicar las diversas iniciativas de construcción en la perspectiva de un proceso de alcance mayor. Pero ¿Qué hacer en la perspectiva de ese horizonte?

Cuando pensamos en la constitución de una franja de dirigentes sociales y políticos, pensamos en un “acontecimiento”. En uno o varios momentos particulares de esa coyuntura histórica en los cuales se pondrá sucesivamente en juego toda la capacidad de los militantes sociales y políticos y sus organizaciones, para levantar una alternativa política que oriente y defina un nuevo horizonte para los esfuerzos futuros de construcción. Independientemente de la forma que asuma la constitución de esa franja, del carácter de la alternativa e incluso de las disputas por la hegemonía, en ese momento tres fuerzas serán determinantes a nivel estratégico: la fuerza social, la fuerza teórica y la fuerza política, siendo esta última, *si la entendemos como síntesis de las dos anteriores*, la que marcará el curso futuro del proceso.

En esa perspectiva, la contribución de cada uno de los esfuerzos será más significativa si en ese momento se cuenta con grados mayor de acumulación en esos tres tipos de fuerza, lo cual a su vez, inmediatamente, señala que el trabajo presente y futuro de todos debe orientarse hacia acumulación en estos ejes. Pero ¿en qué consisten esos tres tipos de fuerza?

La idea de *fuerza social* se refiere a segmentos organizados que, pertenecientes a determinados sectores sociales, son reconocidos por éstos y por otros adyacentes como fuerza de opinión y lucha en torno a sus problemáticas relevantes; por *fuerza teórica* entendemos una visión de la realidad que, en cuanto sistematización de la experiencia propia y en conexión con la historia reciente y otras experiencias, es capaz de otorgar sentido al problema de la construcción y el cambio social. La fuerza social es la expresión de la *presencia y legitimidad* de un segmento organizado; la fuerza teórica es la expresión de la *potencia movilizadora y verosimilitud* de una visión precisa pero abierta de la realidad y su transformación.

¿Y la fuerza política?. Es la *síntesis* entre la fuerza social y la fuerza teórica cuya emergencia y realización ocurre *en el campo de la acción* y no en el vacío de la pura especulación. Como síntesis, es una fuerza de cualidad distinta; no una simple unión entre segmentos sociales organizados y una visión de la realidad cuyos portadores podrían ser, por ejemplo, los intelectuales. Es una fuerza con existencia propia y real (presencia) que se concretiza en su capacidad convocante (potencia movilizadora) al lograr representar los intereses de sectores sociales más amplios (legitimidad) que perciben sus opciones programáticas como creíbles (verosimilitud). Por ello, siempre implica un salto de cualidad en la constitución del actor. Pero también, por emerger y realizarse en el campo de la acción por el cambio social, exige que los objetivos y caminos legítimos, verosímiles y cuya potencia movilizadora se materializa en la

presencia de segmentos sociales dispuestos a asumirlos, *sean puestos en relación directa con las posibilidades efectivas o potenciales relevantes a una coyuntura dada*. Es decir, la fuerza política es tal y no sólo ilusión, en la medida en que es capaz de definir qué objetivos y qué caminos son susceptibles de transformarse en *práctica política* de acuerdo a las condiciones existentes.

Dicho sea de paso, si entendemos la fuerza política de este modo, resulta evidente que lo orgánico o la “fuerza orgánica que opera en el ámbito de la política” no puede confundirse con ésta; en nuestro caso, dadas las condiciones actuales de desconstitución subjetiva de los sectores sociales dominados, la fuerza política no puede sino entenderse como síntesis.

Finalmente, planteados breve y no exhaustivamente los problemas de la desconstitución de los dominados y las razones que la explican, los límites de las estrategias ensayadas y las previsiones para el futuro inmediato de los procesos de construcción en curso, podemos aproximarnos al carácter general de la convocatoria necesaria para la coyuntura histórica que hoy vivimos. Es una invitación a un esfuerzo colectivo que pretende contribuir a la construcción de una franja de dirigentes sociales y políticos. Esta franja, creemos, conformará la masa crítica que deberá asumir en un futuro la tarea estratégica de abrir un nuevo horizonte: la configuración de los explotados, excluidos y discriminados como una gran fuerza política capaz de pensarse como sujeto portador de un proyecto de cambio social. En ese sentido es una convocatoria a construir “los constructores de los constructores”.

Sin pretensiones hegemónicas, toda experiencia de construcción actual, reconociéndose unas y otras como patrimonio de las luchas obreras y populares, debe proponerse ensayar una respuesta provisoria y abierta cuya singularidad se funde en una lectura de la coyuntura histórica que, si bien es también provisoria, permite deducir un horizonte hacia el cual orientar el trabajo y contribución colectivos.

Como militantes de la lucha por el cambio de las condiciones de explotación, exclusión y discriminación impuestas por las clases dominantes a las grandes mayorías, esperamos mañana ser parte de esa franja y también en el futuro mediato, del sujeto político que encarnando un proyecto de una sociedad nueva, encabece la lucha contra el dominio impúdico que nos somete.

Gracias,

Rafael Agacino,
Septiembre de 1998.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enriquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.